

Lo ominoso en el “Axolotl” de Julio Cortázar

BÁRBARA P. HERNÁNDEZ SAN VICENTE

Conocí a aquel animal en la preparatoria. El encuentro fue en el laboratorio de Biología, decían que tener la oportunidad de estudiar a ese anfibio caudado era un privilegio, lo habían sacado de un lago al sur de la ciudad, y la escuela contaba con todos los permisos de Salubridad para hacerlo. ¿El propósito del proyecto? No lo recuerdo, pero al axolotl o ajolote, ese sí que lo recuerdo: un ser enigmático que nos refleja la propia extrañeza, así como lo enigmático y exquisito de una parte de nuestra cultura, al ser un animal originario de este país.

Este animal ya había sido descrito de una forma muy peculiar por un autor igual de enigmático y fascinante. Julio Cortázar, en su cuento “Axolotl”, nos lleva al acuario de París a conocer al hombre que es ajolote, o lo que es lo mismo, al ajolote que piensa como hombre. En este escrito intentaré realizar una aproximación desde el punto de vista del psicoanálisis al cuento “Axolotl” y su relación con lo ominoso.

En su cuento, Cortázar nos mete a lo enigmático desde el primer párrafo, en su relato nos deja un sentimiento de extrañeza al observar a los ajolotes, pensar en ellos como alguien externo, y al mismo tiempo ser uno de ellos; él mismo nos relata: “Hubo un tiempo en que yo pensaba mucho en los axolotl. Iba a verlos al acuario del Jardín des Plantes y me quedaba horas mirándolos, observando su inmovilidad, sus oscuros movimientos. Ahora soy un axolotl” (Cortázar, 2016. p. 159) Es aquí donde, como lectores, nos quedamos a la expectativa de la historia.

El protagonista se encuentra en París; el relato nos menciona algunas calles que colindan con el acuario del Jardín des Plantes, en un día de inicios de primavera. Decide, entonces, dejar su bicicleta y visitar a sus amigos animales. Sin embargo, se encuentra con que, ese día, los animales que siempre visitaba dormían o le parecían feos; así que optó por entrar al acuario, donde inesperadamente se encuentra con los axolotl, los cuales absorben por completo su atención y lo cautivan al grado de quedarse mirándolos por una hora.

Inundado en el pensamiento por los axolotl, nuestro protagonista indaga en la biblioteca Sainte Genevieve acerca de este animal. La inmensa curiosidad lo hace regresar al acuario todas las mañanas, y a veces por las tardes, a observar a los axolotl; los estudia minuciosamente y decide

Bárbara P. Hernández San Vicente
Candidata de la Formación
en Psicoanálisis de la
Asociación Psicoanalítica
de Guadalajara avalada
por IPA

barb_hernan@hotmail.com

tomar con la mirada a un ejemplar en específico. Al observarlo, se obsesiona por ciertas características, se intriga con las patas, por su finura y sus dedos semejantes a los de un humano, y sus ojos “color oro”, sin párpados, que le hablaban de una vida diferente y de otra manera de mirar, una mirada siniestra, que reclamaba que no eran animales.

Poco a poco, ese animal fue tomando una forma más conocida, y hasta se llegaba a percibir una “misteriosa humanidad” en él, así entonces pudo observar su sufrimiento, era un sufrimiento amordazado de un tiempo de libertad, un tiempo, nos explica, donde seguramente el mundo había sido de ellos. Este sufrimiento le penetraba como si fuera una petición de ayuda o de salvación, eran sentimientos encontrados, seres misteriosos inexpresivos, atrapados y que pedían ayuda; y así nos lo hace saber cuando menciona: “Los *axolotl* eran como testigos de algo, y a veces como horribles jueces. Me sentía innoble frente a ellos, había una pureza tan espantosa en esos ojos transparentes. Eran larvas, pero larva quiere decir máscara y también fantasma. Detrás de esas caras aztecas inexpresivas y sin embargo de una crueldad implacable, ¿qué imagen esperaba su hora?” (Cortázar, 2016, p. 163).

Y así, la extrañeza en el relato se va disipando para el protagonista, lo ocurrido, y para lo que nos prepara, parecería ahora lógico y anticipado, y nos menciona: “Por eso, no hubo nada extraño en lo que ocurrió. Mi cara estaba pegada al vidrio del acuario, mis ojos trataban una vez más de penetrar el misterio de esos ojos de oro sin iris y sin pupila. Veía de muy cerca la cara de un *axolotl* inmóvil junto al vidrio. Sin transición, sin sorpresa, vi mi cara contra el vidrio, en vez del *axolotl* vi mi cara contra el vidrio, la vi fuera del acuario, la vi del otro lado del vidrio. Entonces mi cara se apartó y yo comprendí” (Cortázar, 2016, p. 164).

Se ha convertido en ajolote, ha tomado el lugar del *axolotl* en el acuario, le llega el horror como de ser enterrado vivo, es un prisionero en el cuerpo del animal. Sin embargo, hay una situación curiosa, sigue pensando como él, y al mirar a otro *axolotl* a su lado, supo que también él sabía, y entonces

reflexionó: o él estaba también en ese ajolote o todos los *axolotl* pensaban como hombres, incapaces de expresión, limitándose a observar al hombre pegado al acuario. Y ahora, siendo un *axolotl*, ve a aquel hombre del acuario, observa cómo el hombre parece ir por costumbre a observarlos, cómo la conexión que los unía por el misterio y la obsesión se va disipando y queda sólo él, un *axolotl* que piensa como hombre. Y en esa soledad, el consuelo final es que aquel hombre escriba sobre este ser llamado *axolotl*, si acaso imagine un cuento para hablar sobre ellos.

La narrativa de Cortázar en este cuento, desafía el tipo de experiencias que creemos “normales” y nos deja en una incertidumbre, expuestos a este sentimiento de lo poco familiar, de lo extraño y de lo siniestro; es por consiguiente fácil asociar esta narrativa con el escrito de Freud de “Lo ominoso” en 1919. En este escrito, Freud hace diferencia entre lo siniestro u ominoso de las experiencias, y lo siniestro en la narración; en la última, el escritor puede hacer uso de muchos medios para provocar efectos siniestros que no existen en la realidad; sin embargo, si el escritor, en todo caso, decide situarnos en la realidad, menciona Freud que nos dejará con el sentimiento de lo ominoso como si fuese una experiencia, o por lo menos con un sentimiento de insatisfacción. Este es el caso particular de “*Axolotl*”, que nos sitúa en una realidad en las calles de París y nos deja con un sentimiento aterrador y siniestro, pero habrá entonces que definir qué es lo ominoso o siniestro en esta lectura.

El paso de la imposibilidad y lo ilógico a la duda de lo posible y, por lo tanto, lógico, es lo que desconcierta en la narración, la posibilidad de volverse un ajolote que piensa como humano es lo inquietante, en otras palabras, lo angustiante. Freud analiza las raíces de las palabras “*heimlich*” (familiar) y “*unheimlich*” (siniestro) del alemán para llegar a la conclusión de que lo ominoso o siniestro lleva en su raíz lo familiar; por lo tanto, en relación con el psicoanálisis, se puede hablar de deseos inconscientes reprimidos (ya que no existe nada más familiar que lo primitivo) o, mejor dicho, deseos que ante la falla de la represión se vuelven extraños. Freud lo menciona de esta ma-

nera: "... lo siniestro, no sería en realidad nada nuevo, sino más bien, algo que siempre fue familiar a la vida psíquica y que sólo se tornó extraño mediante el proceso de su represión... lo siniestro sería algo que, debiendo haber quedado oculto, se ha manifestado". (Freud, 1919 en *Obras Completas* ebook 2017, p. 5938).

De esta manera podemos entonces sospechar que convertirse en ajolote y quedarse encerrado dentro de una pecera es siniestro porque nos recuerda deseos inconscientes reprimidos, pero no podemos quedarnos con esta simple formulación lógica, debemos partir entonces a analizar el relato. ¿Cómo y por qué se da la identificación con el *axolotl*? ¿Qué simbolismo puede tener el convertirse en un animal como el ajolote? ¿De dónde deviene lo siniestro?

El título del propio cuento nos invita a iniciar por ahí, por el ajolote o *axolotl* que es un animal que se caracteriza por su metamorfosis, por su hermafroditismo y por sus singulares características físicas. En particular los ojos, a los que Cortázar dedica mucho tiempo en su narrativa, esos ojos no pueden más que ser un representante de la angustia de castración (no por nada, Edipo se arranca los ojos después de matar al padre y quedarse con la madre). Freud ya mencionaba también acerca del mal de ojo y cómo esto se traduce en la envidia de algo "perecedero". La angustia de castración reflejada en los ojos siniestros del ajolote simbolizan, entonces, la propia angustia del protagonista, que nos muestra el deseo inconsciente de continuar en la omnipotencia y narcisismo primario, aquella época donde el sujeto y el objeto eran uno, donde no había diferenciación y sólo reinaba el principio de placer (Freud, 1914).

Podríamos pensar, entonces, que el *axolotl* y el protagonista son uno mismo, es un "doble", como diría Freud (1919), que muestra su angustia ante la caída del narcisismo primario, ante la omnipotencia y la frustración de ceñirse a lo que lo delimita humano. Freud nos menciona que el doble se toma como medida de seguridad contra la destrucción del Yo, es una partición del propio Yo, una declaración que trata de contrarrestar la omnipotencia de la muerte. Esto también nos lleva a pensar

en la angustia de muerte, porque sólo un dios podría tener la posibilidad de ser eterno, y he aquí otro simbolismo con nuestro pequeño animal caudado; ya que en la leyenda azteca, este animal, en realidad, es un dios huyendo del sacrificio hacia el Quinto Sol. El dios *Xolotl* se oculta, intentando escapar a la muerte, pero queda prisionero en una forma animal. Así, en la narrativa, cobra este mismo significado, ser atrapado en el acuario nos remonta al vientre materno, donde queda el Yo "enterrado vivo", como deseo de fusión, pero también como deseo de muerte (Freud, 1920), ya que es preferible morir a aceptar que no somos dioses. Por lo tanto, lo ominoso o siniestro es el deseo reprimido de omnipotencia, narcisismo y fusión que (re)surge en forma de obsesión por un animal extraño y deviene en la experiencia de convertirse en aquel animal y, así, quedarse encerrado en un acuario como forma de muerte psíquica y, al mismo tiempo, como un triunfo de deseo y goce.

Lo familiar y las vivencias primitivas que han sido reprimidas pero han logrado retornar y por lo tanto, generar angustia, se vuelven ominosas, sobre todo cuando los límites entre realidad y fantasía se desdibujan. Lo siniestro u ominoso de los cuentos, vivencias, y también de pretendidos análisis, es en realidad lo familiar dentro de cada uno de nosotros.

BIBLIOGRAFÍA

- Cortázar, J.** (2016). *Final del Juego*. Ciudad de México, México: Penguin Random House, pp. 159-166.
- Freud, S.** (2017) Sigmund Freud: *Obras Completas*. (Golden Deer Classics) Spanish Edition: Oregon Publishing recuperado de Apple Books.
- "Introducción al Narcisismo", 1914, pp. 4721-4762.
- "Lo siniestro", 1919, pp. 5902- 5959.
- "Más allá del Principio de Placer", 1920, pp. 5960- 9243.
- Moreno, R.** "El *Axolotl* en Estudios de Cultura Nahuatl", Vol 8. Encontrado en: El mito del Quinto Sol (<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/revistas/nahuatl/pdf/ecn08/104.pdf>)